

TEMAS DE LA LITERATURA UTOPICA

SUS CONSECUENCIAS EN EL PENSAMIENTO URBANISTICO DE LOS SIGLOS XIX Y XX

POR

PATRICIO H. RANDLE

Los temas de la literatura utópica del siglo XIX no son en absoluto originales y pueden ser rastreados uno a uno en los utopistas clásicos del siglo XVII, todos ellos tributarios, a su vez, de la original obra de Tomás Moro, publicada en 1516.

Es mucho, tal vez, lo que se ha escrito sobre estos utopistas, especialmente en tanto en cuanto se los considera como pioneros del socialismo, como una versión «imperfecta» del mismo, o como agudos críticos de un cierto estado de cosas, aunque no teniendo a mano la correcta solución (1). En cualquiera de estos casos hay una sobrevaloración del espíritu utópico, dejándose de lado la definición rigurosa de utopía: algo que no se da en ningún lugar, lo que —por su propia esencia— no es realizable, ni alcanzable. U olvidando la de utopista: reformador entusiasta pero no práctico; y no por demasiada teoría sino por teoría opuesta a la naturaleza de las cosas. Ya que, como ha dicho Thibon, es preciso distinguir la diferencia esencial entre *ideal* y *utopía*, pues

(1) El marxismo sostiene que es un defecto de las utopías el dejar en el aire los medios que permitan pasar de la situación existente al ideal futuro. O sea, que no especifican ni el *quién* ni el *cómo* de esta transición. Para aquella ideología el *quién* es el *proletario* y el *cómo* la *dictadura revolucionaria*. Tesis que confirma el carácter finalmente utópico del marxismo. Cfr. H. B. Acton, *The illusion of an Epoch*, London, 1955, págs. 246 y sigs.

la gente suele confundirlos al no distinguir *ideal* como algo muy alto hacia lo cual nos aproximamos en mínima proporción y *utopía* como algo que se nos aleja en la misma medida que intentamos acercarnos.

De qué manera los utopistas del siglo XIX han tenido una gravitación, directa o indirecta, en el urbanismo contemporáneo, es cosa difícil de medir. Por un lado, hay que decir que el urbanismo, por su misma naturaleza —mezcla de sociología y arquitectura, en cierto modo— tienta a quien lo practica a confundir causa con efecto y lo impulsa a convertirlo —aunque sea en potencia— en un reformador social. Por el otro, hay un fenómeno generalizado que abarca a los utopistas y a los urbanistas de hoy que es la masificación o colectivización de la formas de vida urbana. Los utopistas se lanzaron a ellas voluntaria y optimistamente; los urbanistas no pueden eludir la inevitable vertiente colectivizante de la ciudad actual y de muchos de los remedios de urgencia que puedan administrarse.

Hay otros puntos de toque. Uno es el de que los utopistas, gente práctica generalmente, impacientes por aplicar correctivos, suelen caer en recetas simplistas que no se deducen inteligente o profundamente del estudio de la realidad, sino que son fruto de la pura imaginación. No hace falta decir que esta tendencia también puede advertirse en el urbanismo puramente creativo que ingenuamente supone que dispone de medios capaces de sustituir de raíz la problemática socio-espacial; que todo quedaría resuelto si se pudieran demoler las ciudades existentes (o casi todas) y comenzar de nuevo.

Pero, además, no se puede desconocer que en algunas utopías se advierten —más que en otras— preocupaciones no sólo específicas sino hasta de detalle, por cuestiones urbanísticas. A este efecto puede recordarse que Fourier tenía ideas bien definidas como la de que *uno de los vicios capitales del mundo civilizado* era la traza en damero, al mismo tiempo que se cuenta que tenía por costumbre pasearse por las calles de París provisto de una

vara con la cual medía constantemente fachadas y otros elementos de arquitectura urbana (2).

El plano de las ciudades fue siempre preocupación preponderante en los utopistas, no tanto en Tomás Moro que la prevé irregular, pero sí en casi todos sus continuadores. La regularidad, el centro de la composición y la opción por el cuadrado o el círculo como formas geométricas dentro de las cuales debe inscribirse el plano, es cosa de rigor entre ellos.

Del mismo modo puede hablarse de la zonificación —a veces sumamente rígida— y de la construcción de grandes inmuebles de vivienda; en muchos casos, como el *Falansterio* de Fourier (3), o el *Paralelógramo* de Owen (4), el *Familisterio* de Godin (5), estas construcciones englobaban el total del proyecto utópico; algo que hará Skinner en su *Walden Two* (6) proponiendo un edificio continuo que se extiende siguiendo las cotas de nivel de un terreno ondulado. La idea de alojar a la población en grandes inmuebles tiene varias explicaciones; la primera, es el deseo de reorganizar la sociedad sobre nuevas bases, lo cual obliga a concentrar la gente para regimentarla mejor; la segunda, es beneficiarla con una serie de servicios generales centralizados, y la tercera (acaso con un trasfondo psicológico) es la de que «los palacios ahora se hagan para el pueblo». No puede ser casualidad que el plano de Fourier se parezca tanto a Versailles.

Pero para poder entender la influencia del utopismo en el urbanismo es necesaria hacer una consideración general de aquel en sí mismo. Como el tema es vasto y matizado, hemos preparado para el lector una suerte de síntesis sistemática sobre los tópicos principales del utopismo de la siguiente manera:

(2) Pierre Lavedan, *Historie de l'urbanisme*, París, 1952, vol. 3, páginas 77-00.

(3) Charles Fourier, *Traité de l'Association domestique agricole*, París, 1822. Hay traducción castellana, *El Falansterio*, Buenos Aires, 1946.

(4) Robert Owen, *The book of the new moral world*, New York, 1845.

(5) Jean-Baptiste Godin, *La richesse au service du peuple: le Familistère de Guise*, París, 1874.

(6) Burris F. Skinner, *Walden Two*, New York, 1958.

POLÍTICA.

Igualdad.

En casi todas las utopías desaparecen las clases sociales obligatoriamente o, al menos, desaparecen las diferencias principales. Hay excepciones, sin embargo, como Fourier, que tiende a una armonización de las diferentes clases según su poder adquisitivo o su contribución al integrar la comunidad utópica. Otro caso en que las diferencias de clases son netas es Victoria, la ciudad utópica de James Silk Buckingham (7).

La igualdad va más allá de las personas y se traduce en las formas visibles de las ciudades, especialmente en la uniformización de las viviendas, de lo cual ya habla el propio Moro. En esto hay matices como, por ejemplo, el caso de Fourier que en una etapa previa al Falansterio propone casas no uniformizadas, aunque armónicas, o Benjamín Ward Richardson que en su *Hygeia* (8) prohíbe viviendas de más de una planta para que no proyecten demasiada sombra, conforme a su obsesión de preservar la higiene pública como valor supremo de la comunidad.

Estado; abolición del gobierno o de la política y su reemplazo por la Administración de las cosas.

El antecedente remoto de esto hay que buscarlo en el propio Platón, en el que la República es de filósofos, como en el siglo XIX se pensará que ese lugar debe ser ocupado por los científicos y los técnicos. La cuestión de los fines es reemplazada por la de los medios. Toda la atención se dedica a perfeccionar éstos, dando por supuesto un acuerdo acerca de los objetivos. Lo curioso es que los objetivos no son, precisamente, creencias

(7) James Silk Buckingham, *National Evils and practical remedies*, London, 1848.

(8) Benjamin Ward Richardson, *Hygeia, a city of health*, London, 1876.

sociales compartidas, sino constituciones escritas, letra muerta que es idealizada como inmutable.

La república de los filósofos se repite en la academia científica imaginaria de la Nueva Atlántida de Bacon (9), pero más adelante es sustituida por la pura administración a cargo de burócratas eficaces. No hay ninguna duda que existe siempre una visión burocrática de la ciudad y, por ende, del urbanismo que tiene vestigios de este enfoque utopista. «Si todos los alcaldes fueran urbanistas, no habría problemas» o poco menos se ha dicho en el colmo del utopismo redivivo.

Cambio de estructuras.

Esta expresión contemporánea está subyacente en el pensamiento utópico de todos los tiempos. Es la esperanza de que, removiendo los obstáculos que se oponen a la concreción de esquemas ideales, éstos se materializarían *ipso facto*. Por tanto, en vez de proceder a los correctivos parciales, hay que atacar la cima, descabezar el sistema. Desde luego se habla así cuando no se deslinda lo que puede haber de arbitrario en las formas de vida, de lo que tienen de consustanciadas con la naturaleza humana. De allí que exista esa impaciencia por el cambio estructural —y hasta del cambio por el cambio, en tanto éste favorezca la demolición del orden constituido— en vez de proceder al mejoramiento de los usos y costumbres.

Verdad es que no todos los utopistas caen en este esquema. Por un lado existe una urgencia en dirigir la educación al mejoramiento de los hombres, aunque, por el otro, se deposita una fe exagerada en las nuevas cosmovisiones pedagógicas. Fourier cree poder guiar a la humanidad encabezando las pasiones humanas «sin dolor», no pudiendo ocultar su espíritu licencioso, lo cual no es mayor garantía de mejoramiento humano, ni social.

(9) Francis Bacon, *New Atlantis*, London, 1627.

El cambio de estructuras se encarna en urbanistas contemporáneos, toda vez que se resisten a practicar reformas y arguyen que sólo una revolución total puede traer algún mejoramiento a la ciudad, inclusive desde el punto de vista físico.

ECONOMÍA.

Abolición del dinero.

Esta es una condición de casi todas las utopías —Bacon lo conserva— aunque, en algunos casos, se trata de algo disfrazado, como la emisión de bonos o cosas por el estilo. Uno de los que pone más énfasis en ello es Gerard Whistanley, autor de *The Law of Freedom* (10) que, en el colmo de la contradicción, admite el principio y la práctica de la propiedad privada. Pero serán muchos más los que, directa o indirectamente, excluyen el dinero como condición necesaria e inexorable para alcanzar los ideales utópicos, hasta llegar a Edward Bellamy y su *Looking Backwards* (11).

La abolición del dinero tienta al urbanista que lucha contra la especulación de la tierra como barrera para el arbitrio de soluciones más racionales desde su punto de vista. Lástima es que no se piensa que el dinero es una consecuencia de la riqueza y no a la inversa, sencillamente porque se calcula personalmente que mediante el dinero uno se enriquece. Pero lo cierto es que la humanidad no usaba el dinero cuando era pobre; porque el estado natural de la humanidad fue el de pobreza y no como se dice, interesadamente, que son los ricos los que han generado la pobreza. Otra cosa es la miseria, la cual existe precisamente desde que desaparece la pobreza como estado natural.

(10) Gerard Whistanley, *The Law of Freedom in a platform*, London, 1652.

(11) Edward Bellamy, *Looking Beckwards; if socialism comes*, Boston, 1888. Hay traducción en castellano, *Cien años después o el año 2000*, Buenos Aires, Biblioteca La Nación, 1907.

Abolición de la propiedad raíz.

No todos, pero una gran cantidad de utopistas creen que sin la abolición de la propiedad no hay posibilidad alguna de reformar la sociedad. Empero, los del siglo XVII, en su mayoría la toleran: Bacon, en *La nueva Atlántida*; el ya mencionado Whistanley, y hasta Hobbes (bien que el único que la concede es el Estado). No así Foigny en *La Terre Australe* (12).

Entre los utopistas del siglo XIX, por el contrario, la gran mayoría se oponen. En muchos casos se inventan formas de restricción del dominio, que suelen ser tan abusivas que lo desnaturalizan, alcanzando formas directamente comunistas que, ya se sabe, concluyen con el monopolio de la propiedad por el Estado o, lo que de alguna manera lo reemplace, como R. Pemberton en *Happy Colony* (13).

Otros, como Fourier, sugieren formas complejas, como su «propiedad compuesta», en la cual el titular es una suerte de accionista de la comunidad. No hay ninguna duda que la difusión de la propiedad raíz crea un problema suplementario a las grandes obras de urbanismo, especialmente a las de renovación urbana, cuando se propone arrasar con lo existente y reemplazarlo por grandes inmuebles colectivos. De allí, a suscribir la propuesta de abolir el dinero, parece existir una gran distancia, plena de dificultades de otro tipo; la más inmediata consiste en cómo desposeer a los propietarios existentes, si es que antes no se ha medido que ninguna reforma, basada en la injusticia tiene perspectivas de perdurar. Un urbanismo donde la propiedad de la tierra es del Estado, es un urbanismo emprobecido en contenidos humanos y sociales y convertido en un simple «hacer», obra edilicia para una comunidad sometida y no ya protagonista

(12) Gabriel de Foigny, *La Terre Australe connue, c'est à dire la description de ces pays inconnus jusque ici, de ses moeurs et de ces coutumes*, par M. Sadeur, Gêneve, 1676.

(13) R. Pemberton, *Happy Colony*, London, 1854.

de la ciudad, sin derechos y sin estímulos de ninguna clase. Una ciudad de inquilinos no es nunca una verdadera ciudad.

Fusión del trabajo urbano-rural.

Este es el aspecto quizá más directamente vinculado al urbanismo que presentan muchas utopías. En el fondo, se trata de la quimera de «que la ciudad esté en el campo», algo que a pesar de —o precisamente *por*— su contradicción interna siempre ha ejercido una gran fascinación.

El ideal utópico reiterado propone que la gente que integra las comunidades haga una parte de trabajo urbano (artesanía o industria) y otra de trabajo rural. El antecedente de esto habría que rastrearlo tal vez en Virgilio mismo, en su elogio de la agricultura como formadora de carácter y lleva implícito el reconocimiento de que la industria es una tarea nociva, embrutecedora, insalubre, etc. O también puede estar conectado con la vida monacal, tan dominante en la baja Edad Media europea y que sigue el ideal de San Benito: *Ora et labora* (reza y trabaja), materializado en los monasterios rodeados de tierras de labranza atendida por los mismos religiosos.

La preocupación de que la ciudad no corte totalmente sus lazos con el campo es una preocupación moderna. En la antigüedad esto se daba espontáneamente por la conservación de una escala humana. Con la hipertrofia de las ciudades nació la preocupación de dotarla de espacios verdes que recreasen la naturaleza en el medio urbano. A la vez, más adelante, visto que existía y se agrandaba (especialmente con el advenimiento de la tecnología) un enorme contraste cultural, nació la necesidad de «urbanizar» el campo, aunque no sea más que en punto a transporte y comunicaciones.

Lo que no parece ir a favor de las tendencias dominantes de nuestro tiempo es esa fusión de labores urbanas y rurales. Al contrario, la especialización del trabajo, origen de la misma ciu-

dad (tanto, según Platón, como según V. Gordon Childe) (14) ha llegado a un grado de sutileza y refinamiento, parejo con la sofisticación del proceso industrial. Sólo renunciando al «progreso» parece factible cumplir con aquel requerimiento utópico que no tiene nada de anti-natural —como sucede con la mayor parte de ellos—, lo que, a la vez, es una contradicción con el utopismo, que tiene depositada una fe infinita en la tecnología y el progreso material.

Ya desde la *Utopía*, de Moro, que prevé el envío por turno de los habitantes de la ciudad al campo, se sucede una multitud de propuestas, como la de Owen, en que los obreros industriales cumplen con la obligación de laborar la tierra alternadamente. Y todas las experiencias de comunidades utópicas en Norteamérica (15) —inspiradas por los autores del siglo XIX— van a tener un carácter afín, visto que, comenzando por ser colonias agrícolas, se proponen, al mismo tiempo, desarrollar alguna actividad artesanal primero e industrial después.

SOCIEDAD.

Familia y vida doméstica.

Toda propuesta comunitarista es, generalmente, colectivizante, aunque esto se da por grados. Se parte muchas veces de la idea de que las labores domésticas son pesadas y poco rentables, sugiriendo que la mujer trabaje fuera del hogar y que las tareas que deja de hacer sean encaradas industrialmente mediante comedores y lavaderos colectivos. Hay una confianza ciega en que la colectivización es el remedio de todos los males. De allí que no se necesite destruir todos los demás valores que pueda tener el hogar; que no se recapacite que la familia no es una in-

(14) Platón, en *La República*, y V. Gordon Childe, en *What Happened in History*, London, 1942.

(15) Cfr. John W. Reys, *The making of urban America*, Princeton, 1965, págs. 439-74.

vención humana y que, por tanto, hay que encauzarla según su propia naturaleza (16).

Lo mismo ocurre con la educación de los hijos. Generalmente, en cuanto pueden independizarse físicamente del hogar se propone enviarlos, al menos diariamente, a instituciones educativas. La *nurserie*, la guardería infantil —hoy tan difundidas a causa de que la mujer trabaja— tienen aquí un claro antecedente. La diferencia estriba en que, mientras los contemporáneos aceptan estos recursos como mal menor, los utopistas los consideran como deseables.

En cuanto a las tareas domésticas hay que decir que ningún utopista previó que el mismo progreso tecnológico iba a permitir el equipamiento familiar sin necesidad de recurrir a una central de comidas, de lavado, de refrigeración, de baños, etc. Pero, sobre todo, ha quedado bien demostrado que dada la opción de tomar las comidas en un comedor colectivo (por tentadoras que fuesen algunas propuestas utópicas), la mayoría de la gente, la mayoría de las veces, prefiere comer en su casa, inclusive aunque los alimentos no sean tan apetitosos.

Los comedores comunes están, no obstante, presentes en casi todas las utopías a partir de Tomás Moro. Desde luego en Owen y Fourier que son siempre los que nos han dejado un testimonio más pormenorizado de sus proyectos. Pero, también, en las realizaciones prácticas de las comunidades utópicas norteamericanas hasta llegar a la propuesta de Edward Bellamy a fin de siglo, y aun más, en esa especie de reencarnación que es *Walden Two*.

(16) El príncipe Pierre Kröpotkin, anarquista con tintes de marcado utopismo llegó a escribir: «El porvenir no es tener en cada casa una máquina de limpiar calzado, otra para fregar los platos, otra para lavar la ropa y, así, sucesivamente». Esto es precisamente lo que ha sucedido. Es inclusive el ideal de las amas de casa soviéticas... (cfr. Kröpotkin, *La con- quista del plan*, Barcelona, 1973, pág. 113).

La ingeniería social.

El primer dato de esta curiosa técnica se puede hallar entre los utopistas cada vez que declaran explícita y exactamente el número de habitantes considerado ideal para su proyecto. Ni que decir tiene que el primero fue el propio Platón con su esotérica operación aritmética ($1 \times 2 \times 3 \times 4 \times 5 \times 6 \times 7 = 5.040$) de la cual aseguraba se desprendían beneficios especiales. Lo que Aristóteles interpretó como un buen número para que dentro de las polis los contactos personales fueran lo suficientemente variados pero capaces de permitir un conocimiento mutuo relativamente intenso. Moro, por su parte, hablará de 100.000 habitantes para su ciudad Amaurot que sería prototipo de una serie de ciudades semejantes: estos 100.000 habitantes representarían según su autor unas 6.000 familias, lo que da un número elevado de miembros por hogar.

Fourier, luego de un complicado cálculo, que no es caso repetir aquí, llega a la cifra ideal de 1.620. Los detalles están en la obra citada: *La Association domestique agricole*, para quien se interese en esta extraña ecuación de ingeniería social. Victoria tiene un número fijo de 10.000 habitantes, mientras Hygeia alcanza los 100.000. William Morris, en su visión idealizada de Londres opta, mucho más inteligentemente, en vez de dar una cifra exacta de habitantes, en suponer que la población se va a mantener estable; aunque, como muchos utopistas, no explica cómo, ni por qué medios se va a producir el objeto deseado.

Pero el número de habitantes fijo es, apenas, un indicio de la ingeniería social. No menos es, por ejemplo, la curiosa particularidad de que algunos utopistas deciden que el domicilio de los habitantes de la ciudad debe mudarse cada diez años (Moro) o cada seis meses (Campella). Sin duda alguna la utopía desprecia el arraigo; lo considera como un factor tan negativo como los lazos familiares y otros datos de la ley natural, como si fuesen impedimentos para el gran experimento social que se propone.

En esto no hay duda que una sociedad muy «adelantada», como es la norteamericana, ha llegado a fomentar y valorar como algo positivo la movilidad horizontal y hasta el concepto de la vivienda ha llegado a equipararse al de cualquier producto industrial más o menos perecedero, con el objeto de realimentar la producción mediante un consumo permanente.

Del mismo modo se ha caído en utopía toda vez que, al construirse nuevas ciudades o grandes conjuntos residenciales, se han hecho cálculos ideales de la población que se piensa alojar. En todos estos casos se suele olvidar que en menos de 25 años se ha producido un defasaje completo al quedar reemplazada por otra generación. Se olvida lo que con sabiduría sencilla dijo una vez Lewis Mumford, y es que las ciudades las hace el tiempo; por tanto, no el cálculo humano efímero.

La ingeniería social está presente de mil maneras en todas las utopías y sería largo enumerarlas aquí. Lo que importa es señalar su esencia, que consiste en confundir el continente con el contenido de las ciudades, o, al menos, pretender adecuar uno al otro como si pudiese ser motivo de un cálculo exacto. Ni siquiera una familia puede prever con precisión sus propias necesidades en el lapso de la vida de un matrimonio ¿Cómo podría hacerlo la población de una ciudad en perpetuo cambio?

Otro aspecto de la ingeniería social —por analogía— es la excesiva confianza y dependencia en la máquina que revelan en general las comunidades utópicas. Si el *leit-motiv* original es la reducción de las horas de trabajo, hay que decir que la esperanza en la máquina como factor liberador es totalmente a-crítica.

Una sociedad sin clases.

A la igualdad política absoluta corresponde lógicamente una sociedad sin clases. Hay que decir, sin embargo, que no son muchos los utopistas que pecan de semejante ingenuidad. Por lo general el utopismo es más elemental; como, por ejemplo, proponiendo la abolición del dinero, la debilitación de la familia,

o la supresión de la propiedad que, siendo datos de la naturaleza humana misma, parecen posibles mediante la toma de determinadas medidas coercitivas. La eliminación de las clases sociales, empero, implica una violencia muy grande y constante para poder imponerse.

La desaparición de las clases sociales, en efecto, supone, no sólo un igualitarismo social y económico, sino también un aplanamiento intelectual, una confiscación constante de bienes y un grupo gobernante tan poderoso que, de hecho, ya constituirá una verdadera clase. Que es lo que sucedió en la U. R. S. S. y se repite en todas sus imitaciones.

Como quiera que sea, hay un modo gradual y suave de llegar a esa sociedad sin clases y se logra mediante la masificación socialista, esto es, comenzando por influir en los deseos de las gentes, en proponerles como un ideal el ser más iguales todos en todo sentido y en condenar como algo delictuoso casi el ser distinto. La individualidad llega a ser perseguida como anti-social, como si no hubiese otra forma de sociabilidad sino la masiva.

Y esto ha sido fomentado directamente por la sociedad industrial, por el estado servil que castiga al que produce por encima del promedio, por la solidaridad a la fuerza y burocrática del estado benefactor. De ahí que esto se refleje en el urbanismo, si no con toda la simpleza que quieren los utopistas de siempre (o los resentidos sociales que pretenden la nivelación por lo más bajo), sí con bastantes caracteres de uniformización. No sólo se quiere homogeneizar socio-económicamente a la población sino que debe demostrarlo en la apariencia para modificar su mentalidad tradicional.

Las formas urbanas contemporáneas, en la medida que dependen de la producción en masa de la industria de la construcción, de la disponibilidad de unos créditos estandarizados y de unos requerimientos sumamente elementales, en los que no entra la personalidad sino la cultura de masas, es natural que produzcan estereotipos. Unase a ello la necesidad de que se construya rápido, económicamente, y se entenderá por qué, cada

vez más, las áreas residenciales se parecen a aquellos prototipos igualitarios de los utopistas del siglo XIX.

En países como Inglaterra y los Estados Unidos ya a finales del siglo pasado —en tanto la vivienda pasó a ser asunto de grandes empresas inmobiliarias— la pequeña clase media de empleados comenzó a habituarse a esta modalidad de vivir en casas idénticas unas a otras. Si esto no tiene algo que ver —bastante— con la meta de una sociedad sin clases, por lo menos en los hechos, ha servido para que la gente se habituase a la idea. Lo que hubiera sido impensable en pleno siglo XIX.

Aislamiento y parálisis.

Este es un aspecto también característico de la ciudad utópica. En la medida que las ciudades son dibujadas especialmente, con el mayor detalle, y son pobladas con un número y calidad de habitantes precisos, está sobrentendido que no van a producirse cambios que echen por la borda tan cuidados proyectos. Pero hay más, las ciudades así concebidas parecen ignorar que ninguna aglomeración vive sola, autónomamente, o del *hinterland* propio, sino que también siempre tiene relaciones con otras ciudades de la región. Solamente Moro parece haberlo entendido y por eso plantea su «utopía» en una isla con su propio sistema urbano de cinco ciudades semejantes a la capital, así como prevé la posibilidad de que se funden colonias nuevas siguiendo los mismos lineamientos. Es que, en verdad, toda utopía es una isla en sentido figurado o literal.

Esto lo sabía Platón y, así —sin caer en ninguna quimera—, señala cómo debe aislarse relativamente una ciudad de otra si es que se quiere conservar un cierto orden social previsto. Pero en la mayoría de las utopías no está previsto mayormente el crecimiento, especialmente en las de trazado geométrico rígido que por sí mismo impide toda expansión flexible. Pero eso no parece haber preocupado a los utopistas, nunca sensibles a las leyes naturales, como esclavizados por las leyes arbitrarias por ellos formuladas.

Colectivismo.

Inútil es decir que toda utopía es un proyecto social colectivista. Y, en la medida que aparezca algún rasgo en resguardo de la personalidad e individualidad, más precisamente le corresponde el nombre de «contrautopía» como se les ha dado en llamar también a aquellas que, lejos de resultar seductoras, han sido escritas para aterrorizar al lector; todas estas piezas literarias del siglo actual y de las que el prototipo lo constituye un *Nuevo Mundo Feliz*, de Huxley (17), o 1984, de Orwell (18).

Es que este siglo ha cobrado conciencia de la calamidad que resultan las experiencias colectivizantes a partir de la implantación del bolcheviquismo en Rusia, en 1917, si no es que también está alarmado por algunos aspectos convergentes que pueden detectarse en algunas sociedades capitalistas «de avanzada».

El aumento de población vertiginoso en la Europa en proceso de industrialización, por su parte, ha hecho que, en algunos casos, se haya optado por soluciones que tienen puntos de contacto con las proposiciones utópicas del siglo XIX. Es más, para el llamado Tercer Mundo, aún hoy se ofrecen, como si fueran panaceas, soluciones de vivienda, de transporte, de género de vida altamente colectivizadas, con el agravante de que esos pueblos no han pasado por las etapas intermedias que experimentaron las naciones europeas. Un campesino «urbanizado» violentamente está repitiendo, *velis nolis*, el experimento acariciado por los utopistas, cual es el de sumergirlo en un ambiente social tal que no le queda más remedio que adecuarse al medio. Y a esto se lo envuelve con loas y cantos a la libertad o a la liberación.

Diríase más. En general, todas las empresas utopistas proyectadas o llevadas a la práctica descontaban el consenso de sus participantes (en muchos casos, si no todos, inclusive, se les

(17) Aldous Huxley, *Brave new world*, London, 1932.

(18) George Orwell, *Nineteen Eighty-four*, London, 1949.

requería una contribución económica). De ese colectivismo buscado y deseado ingenuamente hemos pasado a otro opresor y obligatorio. De células más o menos modestas en número hoy hemos llegado a un alto grado de colectivización, sea cuantitativa como cualitativamente.

CULTURA.

“Esprit de géometrie”.

Los utopistas no sólo se caracterizan por poner todo su énfasis en el *esprit de géometrie* del que nos hablaba Pascal sino que, al mismo tiempo, han descartado, como si fuese una opción exclusiva, todo *esprit de finesse*.

Ya no se trata literalmente de los trazados rígidos de ciudades en el siglo XVII, como la *Civitas Solis* (19), con sus siete círculos concéntricos o la *Reipublicae Christianopolitanae* (20) inscrita en un cuadrado perfecto o de los polígonos varios heredados del Renacimiento para culminar con el *Panopticon*, de J. Bentham (21), nacido de un requerimiento puramente práctico disfrazado de filosofía. La geometrización de los utopistas va más lejos. Más allá de la simetría del Paralelogramo, del Falanstero, del Familisterio, sino que culmina con una zonificación —en muchos casos— que parece más inquieta por satisfacer las exigencias del diseño geométrico que las necesidades funcionales de la ciudad.

Este tipo de zonificación aparece tenuamente en los cuatro barrios que presenta Amaurot —la capital de la isla de Utopía—, aunque más bien se trata de un principio de descentralización. Más compleja es la zonificación propuesta por la *Cristianópolis*

(19) Tommaso Campanella, *Civitas Solis Poetica. Idea Reipublicae Philosophiae*, Frankfurt, 1623.

(20) Johann Valentin Andreae, *Reipublicae Christianopolitanae Descriptio*, 1619.

(21) Jeremy Bentham, *An introduction to the principles of morals and legislation*, London, 1789.

de Andreae. Reaparece en *La Terre Australe*, de Foigny, luego, en el Falansterio, y con especial espíritu segregacionista, en el *Victoria*, de Buckingham, donde por franjas concéntricas se va dictando un uso del suelo detalladísimo y exclusivo.

Pero junto con estos proyectos de zonificación, los primeros jamás propuestos conscientemente en urbanismo, hay que señalar que también están presentes otros antecedentes que siguen la idea de Moro de dividir la ciudad en barrios, como el mismo Buckingham, que concibe ocho sectores triangulares, cada uno con todos los tipos de uso del suelo formando una unidad contenida o Cabet, que en su Icaria llega a prever la existencia de 60 distritos urbanos. Con lo cual parecería demostrarse que, en general, las utopías no quieren perder el sentido de la comunidad y saben que las estructuras concentracionarias son la peor amenaza.

Ni que decir se tiene que este espíritu de «géometrie», siendo una constante humana, se transmuta en el urbanismo contemporáneo, toda vez que se apela a la fascinación de la composición formal de grandes proyectos urbanos a costa de su buen funcionamiento y de su respuesta coherente a las auténticas necesidades vecinales. Un Le Corbusier, por ejemplo, llegará demasiado lejos con sus perspectivas, a vuelo de pájaro, que se pierden en un infinito absolutamente regular. A veces uno piensa si estas «soluciones», tan perfectas desde el punto de vista puramente de diseño no son, sencillamente, hijas de la ley del menor esfuerzo o de las urgencias del mundo de las finanzas en el que el tiempo es, literalmente, oro.

Maquinismo y tecnificación.

La máquina es el gran protagonista detrás de casi todas las utopías. Ya Owen compara su *Paralelogramo* a una máquina, como si esto fuera una virtud. Todavía no se atisba la distinción entre mecanicismo y organicismo, ni en los efectos negativos que tiene la transposición de las condiciones mecánicas al ser del hombre. La máquina es aún más promesa que realidad, y no se

sueña que pueda acarrear también algunos efectos indeseables si no se la encuadra dentro de un contexto de fines bien esclarecidos.

Etienne Cabet se entusiasma sin reservas anunciando que las máquinas van a reemplazar a 5.000 obreros en Icaria, sin darse cuenta que ello supondrá una verdadera conmoción social para la cual hay que tener previstas las respuestas adecuadas so pena de generar desocupación o paro.

Muchas utopías se resguardan en la tecnología para responder vagamente a objeciones y preguntas que se le hacen. Lo que los hombres no podrían hacer lo hará la técnica. Aquí juega mucho la intuición y hasta la adivinación. Ya Bacon, en su *Nueva Atlántida*, hace alusión a una suerte de alimentación que prefigura a la hoy basada en elementos sintéticos. Foigny —sin dar detalles— prevé la llegada del parto sin dolor (probablemente sin siquiera el trabajo de preparación que hoy se exige a las parturientas en tal sentido). Owen, con su «Institución» —que es una especie de reformatorio idealizado—, preanuncia técnicas educativas milagrosas. En Victoria no harán falta focos de alumbrado, ni públicos ni privados, porque en el centro de la ciudad, como un sol, brillará un gran reflector común durante la noche; otro dato que confirma la insatisfacción por la Naturaleza y la ilusión de perfeccionarla, aunque es muy dudoso que sea bueno hacer desaparecer del todo la oscuridad natural como descanso para la vista.

J. Bentham cae en el frenesí cuando concibe su cárcel modelo, basada en la técnica de reducir a un sólo control toda la vigilancia de la misma. Owen y Fourier y luego Godin (que lo lleva a la práctica) hacen el elogio anticipado de la máquina lavarrropas. E. Cabet anticipa la circulación por la derecha para ordenar el tráfico o la industrialización de puertas y ventanas sobre un sólo modelo universal con el propósito de abaratarlas y simplificar su producción. Bellamy nos habla de una especie de cobertura que protege las calles en casos de lluvia; una especie de tímido anticipo de la propuesta utópica contemporánea de

cubrir ciudades enteras con cúpulas para poder climatizarlas artificialmente (22).

En fin, estas y muchas más invenciones —algunas de las que, efectivamente, han sido adoptadas posteriormente— no tienen ninguna relación necesaria con la aceptación, *in toto*, de las ciudades utópicas y puede preverse que, sin necesidad de ser insertadas en esos microcosmos teóricos, se hubieran abierto paso en el terreno de la práctica.

También la circulación y el transporte cómodo y veloz está presente como algo apetecible. Nadie nos explica para qué, ni por qué. Se supone que el circular —y si es velozmente mejor— es un bien en sí mismo. Como una reacción al tráfico endiablado de coches de caballo, jinetes, ómnibus y luego tranvías de tracción animal, todos entreverados en el centro de las grandes ciudades europeas se propicia medios de transporte colectivos motorizados y fluidos. Pero de allí se sigue sin coto a imaginar las necesidades del siglo XXI, con sus complicadas redes de conductos aéreos envueltos en tubos transparentes de lo que hoy son un anticipo puramente formalista los *tapis roulant* del aeropuerto Charles De Gaulle, en París.

Ya antes, las redes de autopistas en las ciudades norteamericanas parecen haber alcanzado los niveles anhelados por los utopistas, niveles suficientes para comprobar que el saldo es negativo no sólo porque la misma circulación engendra más circulación (y nunca se logra el equilibrio deseado), sino porque se pierde de vista que debe ser un medio y no un fin en sí mismo. Va a ser necesario que algunos urbanistas no utopistas descubran que hay una solución mucho mejor que la de depender del transporte, tan absolutamente, que es la de acercar los sitios de residencia a los de trabajo mediante una planificación menos formalista pero más funcional. Menos exclusiva y segregacionista y más humanamente entremezclada.

(22) Buckminster Fuller, *Buckminster Fuller reader* (ed.: James Me-ller), Harmondsworth, Penguin books, 1972.

Fe ciega en el mañana.

Arthur Koestler, en su autobiografía, relata que en su época de comunista y antes de haber viajado a la U. R. S. S., frente a las críticas que oía del régimen soviético sus camaradas repetían: «Wie werden es besser machen» —Nosotros lo haríamos mejor—, y que esa actitud es característica de los utopistas. Confrontados con la realidad, siempre escapan por esta tangente, con lo cual resultan inasibles por medio de cualquier argumento (23).

Es que en todo utopista hay una fe ciega en que el tiempo arreglará todo; cuando, en realidad, el tiempo es el que se encarga de deshacer los planteamientos rígidos y a-temporales de las utopías. Pero, como la noción de imposible brilla por su ausencia, y es una característica esencial, resulta difícil convencer a sus partidarios: «si esto no es posible aquí será factible allá y si esto no es realizable hoy lo será mañana». De esta manera, escapando espacial y temporalmente, el mañana se convierte en una suerte de quimera.

Hasta muchos de quienes son capaces de reconocer una intención utópica en una medida política o en un proyecto urbanístico ceden frente a las vagas promesas del futuro por el futuro mismo. Si los nostálgicos piensan que todo pasado fue mejor, los optimistas están convencidos de que el tiempo, por sí mismo, mejorará las cosas..., o que la juventud (siempre maravillosa) es una garantía para el porvenir. Pensar así conduce a afirmar que «lo que hoy es una utopía mañana será una realidad»; lugar común que se abre paso fácilmente en la opinión poco rigurosa.

Se pierde de vista así lo esencial de lo utópico, que consiste en un alejarse constante del objeto anhelado en la medida que nos acercamos a él, como en el suplicio de Tántalo. O, si no, como dijo Chesterton, que en razón de la mayor disponibilidad de medios de que se goza en esta civilización tecnológica, lo que parecía utópico, nada más que por ser imposible, ahora es fac-

(23) Arthur Koestler, *Euforia y utopía*, Buenos Aires, 1955, pág. 254.

tible; lo cual no le quita el carácter de utopía que, en definitiva, es siempre un forzamiento de la realidad.

En efecto, ciudades imaginarias concebidas por el expresionismo febril o el mismo surrealismo de los años '20, todas ellas en base a edificios en alto revestidos de cristal, enlazados por viaductos y su cielo surcado por aeronaves de todo tipo, hoy ya son «materialmente» posibles. Pero la utopía sigue siendo inasible. Es apenas un envoltorio que no logra resolver, ni proponer, nuevas formas efectivamente capaces de mejorar al mismo tiempo —como se suponía— todos los aspectos de la vida urbana.

Así, tampoco, todas las promesas de la tecnología incipiente del siglo XIX han hecho una contribución verdaderamente revolucionaria en el urbanismo de las ciudades de un siglo, o un siglo y medio después. Diríase que, al revés; han planteado una serie de problemas nuevos que exigen un constante estado de alerta en los responsables de las ciudades.

En todo caso es digno de notarse que mientras las utopías urbanas del siglo XVII presentaban una imagen fija, inmóvil, de la ciudad ideal, las del siglo XIX expresan, si no un plan concreto para el futuro, una esperanza irracional en que el tiempo —implicando el desarrollo de la tecnología— proveería las soluciones para una serie de problemas que las comunidades utópicas plantearon desde el punto de vista social, tales como su crecimiento y desenvolvimiento futuro. Hoy día, con los prodigios a la vista de los adelantos de la industria, la mentalidad utópica puede seguir construyendo castillos futuristas en el aire. Porque el utopismo no es una ideología histórica sino un estado mental. Y existirá siempre, en mayor o en menor grado en el hombre, en tanto y en cuanto es una tendencia malsana contra su naturaleza, en tanto y en cuanto lo aparta de la realidad.